

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormirnos. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

is

UN VETERANO.

..... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada oscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.

Un jardincillo de muro muy bajo la separaba del paso de los transeuntes; á través de los arbustos, ya viejos, se la divisaba, escondiéndose y juntándose contra las rocas con aire sombrío, combatida incesantemente por los vientos de Oeste, los malos tiempos negros, las alteraciones equinocciales ó las copiosas lluvias de los inviernos.

Cuando el cielo se mostraba algo despejado, el hombre que vivía allí completamente solo se sentaba delante de su puerta. Su barba blanca le formaba una especie de collar claro alrededor de su tostado rostro, que parecía tallado á grandes hachazos en un tronco de madera muerta.

Usaba pendientes y se tenía muy derecho. Veíase que estaba gastado, gastado hasta los tuétanos, pero de una manera singular, de una vejez que no era la de todo el mundo, y que hacía imposible señalarle una edad con sólo mirarle.

Jamás levantaba su cabeza para los raros paseantes, ni para los obreros que volvían de Brest; únicamente se interesaba cuando veía pasar un cuello azul, una cara de marinero: entonces se adelantaba para mirarle, y seguía con los ojos

aquella silueta que se tambaleaba andando hacia los confines que daban en el gris de la mar.

Por ambos lados, el de Brest y el de Portzie, huía el camino según iba subiendo, y se detenía de repente en el brumoso vacío de la rada y del cielo. Surgían los caminantes por un extremo y desaparecían por el otro como si cayeran en un abismo.

Los alrededores estaban cuajados de bloques de granito, helechos y espinos, y allí, aun á las mismas puertas de la ciudad, empezaba á sentirse el yo no sé qué áspero y melancólico del país bretón.

El estío, en sus verdaderos días hermosos, llevaba á su pequeño jardín un papagayo del Gabón, gris, de cola roja, cuyo sostén era un palo de madera de las islas y su comedero la mitad de un coco. Experimentaba el hombre gran cariño por este pájaro viejo, que permanecía taciturno en su sitio en postura caduca.

Si hacía por casualidad algún calor, ambos parecían revivir. El papagayo hablaba, siempre sin moverse, y repetía con voz de ventrílocuo injurias de á bordo. El hombre, como si estuviera en país

tropical, ponía á refrescar el agua en una jarra de Aden, se plantaba un gabancillo de nankín de corte chino, y se abanicaba con una hoja de palmera.

Cuando quedaban las ventanas abiertas, percibiase á través de las ramas de una verónica arborescente un rincón de este interior de solitario, que estaba limpio y tan bien arreglado como por las manos de una mujer que fuera muy cuidadosa. Sobre la chimenea dos cacharros, dos magotes, dos conchas y multitud de objetos exóticos.

En Junio y Julio, pálido sol oblicuo entraba furtivamente, hacia la tarde, y parecía detenerse al tropezar allí con esas cosas.

Después de la melancolía de estas costas, las sombras brumosas volvían durante largos meses á envolverlo y obscurecerlo todo.

Las gentes que habitaban las cercanías hacía ya mucho tiempo, recordaban que diez años antes había llegado este anciano. Y ya era hombre agotado, aunque sus ojos estuviesen entonces menos apagados y su collar algo más negro. Instalóse solo, preparándolo todo con solicitud egoísta, como

si se tratara de una existencia todavía larga.

Pero fué cayendo, cayendo de año en año, de estación en estación. Su triste mirada casi aterro-riza en fuerza de haber perdido su expresión vi-viente; le quedaba, sin embargo, su estatura de-recha, que le daba forma de fantasma, y se movía lentamente, rígido, todo de una pieza, como una gran momia.

II.

Él se acordaba de haber sido joven.....

Ese tiempo realmente existió, y de ello tenía de vez en cuando sus visiones confusas, que dilataban aquellos ojos mortecinos.

Pero bajo la tensión de un espíritu que pretendía cogerlas, inmediatamente se escapaban, extinguiéndose, y esos esfuerzos de su vieja memoria dejaban luego en su cabeza vacía como la influencia física de un dolor.

Así, al despertar, nos admiramos de encontrar de repente una imagen soñada la noche antes; intentamos fijarla, relacionarla con otras para recomponer un conjunto que debiera tener gran encanto, y, por el contrario, antes se borra, dejando en el espíritu un vacío, una especie de misterioso agujero negro.

III.

El se acordaba de haber sido guapo, listo y fuerte.....

¿Quién le volvería ahora su fuerza, sus brazos de marinero, sus brazos duros, que al contraerse se hinchaban como pedazos de mármol, capaces de romperlo todo con su potencia, que en las arboladuras balanceadas, movidas, se tenían firmes como columnas de hierro?....

Ahora se fatigaban y temblaban nada más que por levantar una silla, pendientes de cada lado del gran cofre de su cuerpo, blandos y con sólo las venas cruzadas donde hubo músculos, como gusanos azules sobre miembros de cadáver.

Cuando los bricks de la escuela de grumetes bordeaban en la rada, todas las velas tendidas al viento del Oeste, se ponía detrás de los cristales para ver pasar á esos hijos de la mar, con sus burdas chaquetas de lienzo, que se distribuían como puntos blancos en lo alto de las cuerdas, corriendo

al sonido de los silbatos de plata, corriendo sobre el vacío á lo largo de hilos delgados, corriendo con los pies y las manos como monitos.

El que los miraba ya no entendía nada de esa amplia vida nueva, de esa borrachera del movimiento que les obligaba á correr tanto y tanto. No; pero en su infancia también en él se había desarrollado la embriaguez sobre esa rada y había cumplido con ese oficio sano y rudo. Los contemplaba mucho tiempo, y experimentaba impresiones melancólicas que casi no tenían forma; tan debilitadas y lejanas se hallaban.....

IV.

Él se acordaba de haber tenido amantes.....

Era en tiempos en que sus ojos se movían rápidos entre las negras cejas, arrojando á derecha é izquierda su llama viril y joven, un relámpago avasallador.

Había aguardado, suplicado, descado de rodillas. Habían suspirado bajo la sensación de los besos de sus labios. Ahora, el escorbuto y las humedades de la mar les habían carcomido; sus hermosos dientes blancos, que besaban las muchachas, se convirtieron en esos marfiles amarillentos, desiguales, entre los cuales el peso de la pipa de ébano abrió redonda brecha.

Mujeres, mujeres bronceadas, mujeres negras, mujeres blancas de trenzas rubias.....

De vez en cuando su memoria le traía el recuerdo de alguna, dos tiernas frases de la otra y su dulcísima carne. Lentamente repasaba esas

imágenes espectrales, confusas, en prismas demasiado lejanos.

Ya ni aun los lamentaba, admirándose únicamente de haberles prestado en otro tiempo tanto de esa vida de que hoy era tan avaro.

El amor, esas miradas de deseo que envuelven, esos labios que se juntan por el deleite, ese eterno encanto que hace á las criaturas buscarse y reunirse, todo esto se acabó, murióse.

Ya ni aun se lo explicaba; y es que le faltaba algo para comprenderlo; la clave del delicioso misterio se perdió definitivamente para él....

Se preocupaba de lo que comería á la tarde, de preparar su modesta cena, solo, á la luz de su lamparilla, antes de tenderse muy temprano en su helado lecho.

V.

Él se acordaba de que había tenido una mujer....

Duró esta historia una primavera justa. Besos dados y recibidos en las tardes de Abril en la honesta calma de un hogar para los dos....

Era quizá de demasiada edad para marinero (treinta y un años) cuando se casó con aquella chica en Port-Louis.

Hubo acompañamiento, violines, un *día siguiente* en Lorient....

Al principio había probado la novedad de tenerla para sí solo, encontraba su encanto en decir «mi mujer», en pasearla de día colgada de su brazo, en ir luego á su habitación que arregló con sus economías de campaña.

Dos ó tres de sus camaradas hicieron lo que él en primavera, entreteniéndose del mismo modo en jugar á los casados, entre viaje y viaje, todos lejanos, y unos y otros compañeros se saludaban

gravemente cuando se encontraban en el paseo, en los caminos ya verdes.

Y luego algo más profundo vino; puso en ella todas sus necesidades de afección, todas esas expansiones de verdadera ternura de pobre abandonado, soñando con caricias más castas y nuevas galanterías, haciéndose dulce y tímido como un niño.....

.....

Un hermoso día recibió la orden para embarcarse en la *Pomona*. ¡Tres años navegando por el Océano Pacífico!.....

A su regreso, *ella* vivía con un viejo rico de la ciudad y llevaba vestidos de volantes.....

VI.

El se acordaba de haber tenido un hijo; era una niña.....

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, en un año en que la primavera de Bretaña era hermosa y las noches templadas. Este recuerdo aun le enternecía; pero era el único.....

La emoción le ganaba siempre que dirigía su vista á un pequeño cuadro de conchas que contenía su retrato con el traje de la primera comunión, con su vela en la mano.

Entonces sus facciones se contraían de repente en una especie de contorsión cómica que traspasaba el alma, y lloraba; sólo dos lágrimas resbalaban por sus mejillas apergamizadas, por sus arrugas, y después nada.

Su mujer cuando la arrojó de casa le había dejado esa delicada criatura de dos años. Y era suya indudablemente; tenía su frente misma, su mirada, su sangre; y la veía siempre, su figurita de niño,